



LA CULTURA DEL ABSURDO

PABLO DAVALOS

1.- EL SENTIMIENTO DEL ABSURDO

Las paradojas se multiplican: se propagan: infectan la conciencia social y la inmunizan de absurdo. En esta desmesura de irracionalidades, lo racional se invierte, se oculta y aparece como lo imposible social. La lógica de la mercancía es ahora la lógica del hombre: la bilocación valor de uso/ valor de cambio, pierde su absurdidad, su aparente sentido paradójico y contradictorio: cobra carta de naturalización.

Ahora el hombre se desvanece en el valor de cambio; para la acumulación del capital es apenas un factor de la producción (¿no se utiliza acaso la expresión capital humano?) un factor, hoy, prescindible.

En la industria de la alta tecnología, del microchip y de los circuitos integrados, el hombre está fuera de la producción: la administra y la controla, pero no está dentro de ella; no contamina sus espacios. Está siendo, realmente, expulsado del sistema fabril, en virtud de la tecno-

logía y el avance científico.

La sinrazón de un siglo que empieza a eliminar al hombre de los procesos productivos de la tecnología de punta con millones de bueyes que aún roturan la tierra, obligan a pensar en referentes y posibilidades.

La distancia entre un arado de bueyes y un ordenador dentro de un mismo espacio y de una misma lógica, la lógica del capital, quizá sea la misma que nos proponía Lautréámont con su paraguas y su máquina de coser sobre la mesa de disección. Ese encuentro insólito, imposible, absurdo, ilógico, irracional. La imposibilidad fáctica de pensar precisamente en esto: en una máquina de coser encontrándose con un paraguas sobre la mesa de disección.

Un referente que posibilita el encuentro de absurdos. Y por ello esa sensación de inconformidad, de que algo no está bien, de que no puede haber ninguna relación, que no sea el absurdo, entre un paraguas y una máquina de coser; un absurdo que el frío mármol de la mesa de disección

amplifica y rompe toda consonancia con los significados del mundo, y les da al mismo tiempo su soporte y unidad.

Ducasse convoca al absurdo para proponernos como referente y posibilidad. Esa sensación de malestar de la cultura que Ducasse provoca y al mismo tiempo nos convoca en su unánime repulsión se diluye cuando la lógica del capital nos presenta en el valor de cambio su mesa de disección, su referente válido y obligatorio en el cual se producen encuentros más absurdos, más insólitos, más contradictorios que el paraguas y la máquina de coser.

Una lógica en la cual las irracionalidades más expresas subsisten y coexisten en la cotidianidad de la cultura. Ese valor de cambio que exhibe los triunfos de su praxis: una vorágine hecha de opulencia y de hambrientos. De necesidades y despilfarros.

2.- LAS PARADOJAS DE LA INTELIGENCIA

Las sorpresas no existen. El valor de cambio no provoca ningún malestar. Es más, ahora Baudrillard, propone una desaparición del valor de cambio en la cultura fractal de los valores. El lenguaje ha roto su unidad con el mundo: codifica los signos del absurdo y presenta un contenido lleno de tautologías: el mundo es así porque es así; o de heterotopías, donde la imposibilidad de pensar en un cambio de la realidad es una condición ya determinada.

Eternizar este presente. Perpetuarlo en la memoria de los hombres. Hacerlo inmune al cambio, a la transformación, vale decir, vaciarlo de contenidos humanos. Convencer de la inutilidad de cambiar este presente es parte de una estrategia de sometimientos y resignación de la cultura del absurdo.

Pensar, sentir, valorar el presente como una extensión del pasado, y como una prolongación hacia el futuro. Vaciar de contenidos a la historia concreta de los hombres. En las heterotopías de la cultura del absurdo el tiempo se petrifica en instantes. La sucesión de instantes mienten al tiempo y parece que el tiempo pasara con los hombres. Ahora no se vive: se transcurre, o se dura. Se desvaloriza el presente en función de un futuro que aún no es. Se fetichiza el ahora, y se vive siempre en el mañana. La idea de un progreso que siempre está más allá del ahora. ¿No se dice acaso países en vías de desarrollo a los pueblos sometidos al capital transnacional? ¿No es el desarrollo económico otra de las heterotopías en la estrategia del absurdo?

Pero los absurdos se magnifican. Se propagan. En esta cultura la tecnología fetichiza posibilidades. El ordenador posibilita la creación de un entorno nuevo, pero en la fetichización de las mercancías el ordenador se convierte en el fetiche de la inteligencia. Su estructura compacta y breve, su diseño maravilloso e incomprensible, añordan la sensación de impotencia, o provocan, cuando se acceden a sus códigos secretos, una prepotencia vacía.

El ordenador se erige en totem. El totem se levanta, como un Golem, y exige sumisión. Las dimensiones del pensamiento se acoplan, se moldean, se estructuran en las dimensiones del ordenador. El número se convierte en clave. El dato juzga la realidad. Construye nuevas semiosis cargadas más de misticismo que de significantes. Las bases de datos proliferan, se extienden como una metástasis infectando la conciencia de la realidad. Los problemas fundamentales del hombre se pierden, se difuminan, en una tormenta de números, datos y cosas.

"El hombre virtual, escribe Baudrillard, inmóvil delante de su ordenador ... se vuelve un paralítico físico, pero sin duda también cerebral ... cabe temer que la inteligencia artificial y sus soportes técnicos se vuelven la prótesis de una especie de la que habrá desaparecido el pensamiento". Pero las paradojas van más allá y la absurdidad llega a tocar con sus aristas todos los espacios de la cotidianidad. Llega a insertarse como anacronismo y costumbre. Es el conserje de una oficina de una ciudad del Tercer Mundo que es descubierto en la mañana lavando el ordenador con agua y jabón. Es el fetiche donde el valor de cambio se mimetiza con la inteligencia. Todo absolutamente todo es posible dentro de la geografía de la pantallas de cristal líquido. Desde la vida hasta la muerte, desde la paz hasta la guerra.

3.- TELEVISION Y PODER

El engranaje que va de la televisión al ordenador insinúa relaciones de poder y

dominación.

En la televisión el mundo está puesto y también dispuesto. La tramoya está frente al televisor. Dentro de su pantalla hay todo un universo de posibilidades que agotan la capacidad de entender. La imagen satura la visión y al final se finge que se ve. Tantos árboles terminan negando el bosque.

En los noticieros el exceso de información terminan desinformando. El mundo se transforma en espectáculo. La vida, la muerte, el dolor, el sufrimiento de pueblos enteros, sus luchas, sus esperanzas, sus ambiciones y sus sueños son desplegados como show, como pura escena, donde los muertos no parecen ser de verdad, y donde el jefe de la tramoya dispone de los sentimientos y los aplausos a su voluntad.

La televisión no solo es poder y dominación, ahora es también entretenimiento y ése es su más grave peligro. En esa red de araña no existen posibilidades de lucidez. Está negada la inteligencia porque no se propone comprender al mundo sino aceptarlo.

Toda la ideología que secreta la televisión está destinada para apriornar y reducir cada vez más al individuo.

Gregorio Samsa podía estar consciente al menos de ser un escarabajo; la televisión ahora procura convertir a todos como aquel personaje de Becket que era echado de todas partes a puntapiés, y que en la calle agradecía al Buen Dios de que los transeúntes sean gentes de bien y de orden porque no se molestaban en darle

otros puntapiés. La culpa extendida como prerrogativa válida de la condición humana.

En ese inframundo de la televisión, la absurdidad procura extender los dominios de su lógica y posibilita respuestas acordes al sistema. No es gratuito el hecho de que Silvio Berlusconi, el magnate de la televisión italiana (neofascista y primer ministro gracias, precisamente, a la manipulación ideológica de los *mass media*), tenga prohibido a sus hijos mirar la televisión. La acumulación capitalista y el control ideológico son inseparables.

Los contenidos de la televisión están hechos para enfermar de silencio y soledad. Millones de individuos solos e indiferentes, que diariamente prenden su televisor y resignan sus vidas como una derrota aceptada. Millones de silencios que buscan alguna voz con la que puedan, alguna vez, pronunciar la prosa del mundo. Millones de islas con los puentes levantados y navegando a la deriva. Una soledad hecha para el tamaño de cada hombre y para sumirlos en el denominador común de la anonimidad y la ahistoricidad.

¿En qué plano de la coherencia cabría situar a aquella familia de los barrios miseria, que contempla absorta la elección de Miss Universo? ¿De qué manera hay que entender a las familias de los suburbios, rodeados de miseria y mosquitos, contemplando Mac Guiver? ¿Qué ritual de arcanos profundos se despliega en esa ceremonia tan común, familiar y trivial, de someterse a un Dios hecho de imáge-

nes y palabras? ¿Cómo romper ese hechizo, ese lazo hecho de violencia e ideología?

Cuánta razón tiene Armand Mattelart cuando al estudiar el papel de los medios de comunicación de masas se interesa antes por conocer el grado de desarrollo del capitalismo, de sus niveles de concentración y centralización del capital, por el nivel político alcanzado por la lucha de clases.

Entre la elección de Miss Universo y la familia de los barrios miseria, media un proyecto claro y preciso. Un proyecto de dominación histórica. Detrás de cada imagen, de cada palabra emitida, de cada gesto efectuado, está toda una estrategia de clase que busca el sometimiento y el control omnímodo de las conciencias.

La clase dominante genera una cultura enferma de absurdo. Enferma de soledad. Viciada de moral. Una cultura delincuencial donde los criminales se erigen en héroes y su moral en eticidad. Una cultura de violencia y de hipocresía. El absurdo está ahí, en su cotidianidad desgarradora y cruel, pero nos niegan la posibilidad de asumirlo, de transformarlo. El absurdo somos nosotros, hombres que sentimos, soñamos y vivimos en la dimensión más antihumana de la historia. Que manipulamos hombres como manipulamos cosas. Tenemos un reto: empezar a construir el camino que nos lleve hacia la transformación del hombre. "Si el hombre es formado por las circunstancias, escribe Marx, entonces las circunstancias deben volverse humanas".